

El retorno de los cascos

Del saqueo de Aratis a la recuperación de los cascos celtibéricos

Francisco Romeo Marugán | Luis Fatás González | Dirección General de Patrimonio Cultural. Gobierno de Aragón

Tras meses de investigación y seguimiento, después de largas jornadas de vigilancia a resguardo del frío del Moncayo y del inclemente cierzo, agentes de la Sección de Patrimonio Histórico de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil, apoyados por miembros del Seprona, entraban el 13 de febrero de 2013 en el domicilio de un vecino de Illueca. En un intenso día de registros en varias localizaciones se recuperaron 6.239 piezas arqueológicas, deteniendo a una persona. Fue la Operación Helmet.

Al día siguiente saltaba a la prensa el resultado del trabajo que las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado y el Gobierno de Aragón habían venido realizando desde hacía más de tres años; un trabajo sordo y callado, en secreto, que se hacía mientras en algunos medios se levantaban voces protestando por la inactividad sobre este tema. Pero es que no se podía levantar la liebre.

Y después de Helmet I se siguió trabajando con el mismo silencio; unos meses después, el 31 de julio, los mismos agentes entraban en una nave de Alagón. Comenzaba así la Operación Helmet II, que concluyó con otro detenido y la recuperación de otras 2.333 piezas.

Anatomía, concisa, de un expolio

Esta historia había comenzado la friolera de veinte años antes. Al parecer a finales de los años ochenta fueron arrancados de la tierra por obra y gracia de los detectores de metal algunos cascos en un casi desconocido yacimiento arqueológico aragonés, en la zona conocida como El Romeral de la localidad de Aranda de Moncayo. Sea como fuere, sí que sabemos que a un vecino de Illueca relacionado con el expolio de estos cascos se le iluminó la bombilla y decidió dedicarse en exclusiva a la búsqueda de piezas arqueológicas en la comarca, una dedicación al parecer muy rentable ya que, según

dicen, dejó su trabajo para dedicarse enteramente a este afán, concentrando sus esfuerzos en la zona alta de la comarca del Aranda, en la puerta de casa. No dejó rincón sin recorrer, armado con varios detectores de metal. Hasta se hizo con los más sofisticados, los de antenas, que los duchos en el oficio llaman tumberos. Incluso llegó en 1993 a meter una excavadora en el yacimiento de Aratis, para expoliar una de sus necrópolis. Y así, el mercado ilícito de esta zona de nuestro país comenzó a ver desfilar piezas celtibéricas de gran belleza.

Una mañana de 1990, un anticuario catalán que vivía en Ginebra había aparecido en las puertas del Museo Romano Germánico de Múnich para ofrecer varias piezas arqueológicas entre las que se encontraban unos cascos de bronce de un tipo desconocido. Raros, extraños, tan extraños que no se conocían paralelos... salvo un casco similar subastado el 3 de octubre de ese año en Phillips West Two, Antiquities & Tribal Art de Londres. Como sea que al director, Markus Egg, le pareció feo eso de andar comprando piezas claramente expoliadas

Espada romana
(gladius) incautada
en Helmet I